

La isla de los hombres milenarios

Georg Kaiser



Nota introductoria y traducción de Mariano Martín Rodríguez

© Mariano Martín Rodríguez, por la introducción y la traducción, 2019

Uno de los géneros de ficción breve que apenas se ha estudiado aún, pese al auge de la producción académica sobre la microficción, es el consistente en sinopsis más o menos extensas (desde una línea hasta varias páginas) de obras de ficción extensas. Estas sinopsis o resúmenes se caracterizan por la pureza narrativa de su discurso, pues se limitan a contar el argumento de la obra y, en consecuencia, los pasajes descriptivos o dialogados son mínimos o inexistentes. Su empleo en enciclopedias e historias y estudios literarios es muy frecuente, pero este tipo de reducciones textuales hechas con fines informativos o analíticos no crean mundos ficcionales autónomos, por lo que su interés artístico, como muestras de la creatividad de un escritor, suele ser nulo, salvo en casos excepcionales, tales como los extensos resúmenes escritos por Henry James como textos acabados y perfectos que preceden varias de sus novelas, que no hacen sino desarrollarlos, no siempre para bien.

La valoración cambia si se consideran únicamente aquellos argumentos que lo son de obras no escritas, pues entonces el resumen sustituye a todos los efectos la obra extensa, que ni siquiera existe, sea porque no llegó a escribirse por los motivos que fueran (por ejemplo, el fallecimiento del autor), sea porque se escribieron intencionadamente como tales argumentos, a menudo en medios literariamente innovadores como un experimento de narración pura y una protesta tácita contra la escritura de novelas largas como si fueran la forma más respetable de la literatura. El texto en sí puede presentarse como una narración breve al uso, aparte de su narrati-

vidad exclusiva, pero el paratexto, sobre todo títulos y subtítulos, define su clasificación genérica, como ocurre, por ejemplo, en «Argument d'una història llarga» [*Argumento de una historia larga*] (1916), de Ramon Reventós. En otros casos, el resumen independiente, que podríamos denominar, *fictoargumento*, forma parte de un relato que lo enmarca, por ejemplo, si un personaje cuenta a otro el argumento de una historia (por ejemplo, «Un melodramma inedito» [Un drama musical inédito], cuento de Luigi Capuana de 1889), o un escritor resume la intriga de una obra que no llegó a escribir, como hizo Santiago Ramón y Cajal en su autobiografía con su novela especulativa que redactó en su mocedad y luego extravió para siempre. Otro caso frecuente es la escritura de una sinopsis argumental de una novela o drama futuro luego no escrito que el autor hace público en entrevistas o cartas, o que queda entre sus papeles hasta que los investigadores la descubren y sacan a la luz, publicando a veces los argumentos como relatos si su extensión y elaboración así lo justificaban. Así ocurrió, por ejemplo, con «Die Insel des tausendjährigen Menschen», del expresionista alemán Georg Kaiser (1878-1945)¹.

Este resumen, fechado en 1943 y publicado en 1960, fue escrito durante su exilio en los Estados Unidos, probablemente con la in-

¹ La traducción que figura a continuación se basa en la edición siguiente: Georg Kaiser, «Die Insel der tausendjährigen Menschen», *Stücke. Erzählungen. Aufsätze. Gedichte*, herausgegeben von Walther Huder, Köln – Berlin, Kiepenheuer Witsch, 1966, pp. 651-653. Conste mi agradecimiento a Ildefonso Polo Elvira por su amable revisión del texto castellano.



La isla de los hombres milenarios

tención de proponerlo a un editor para indagar si le interesaría asumir el riesgo financiero de la publicación de la novela entera con la trama expuesta². No se sabe si el proyecto encontró oídos propicios o no. En cualquier caso, a juzgar por el argumento conservado, habría sido una novela que intentaría aunar la tradición más bien europea del viaje imaginario con el realismo costumbrista y satírico de autores estadounidenses de prestigio como Sinclair Lewis. Figuras tópicamente americanas son, por ejemplo, Flanagan, el periodista protagonista, o Warren, su empleador millonario, así como las intrigas que responden al gatillo fácil entonces y ahora de los habitantes de aquella gran República imperial. Por otra parte, la idea de una isla de inmortales o poco menos había sido tratada por extenso por Luis Araquistáin en *El archipiélago maravilloso* (1923). Aunque Kaiser no conociera esta novela, tanto él como su colega español compartían una formación novecentista, y ambos compartían la prevención humanista común

entre los intelectuales europeos frente a los peligros de una Modernidad centrada en la eficacia económica y financiera, a menudo a costa de los trabajadores y la naturaleza. Esta actitud materialista y rapaz la encarna Warren, el patrón del periodista. Afortunadamente, Kaiser observa, quizá con razón, que las autoridades federales aún pensaban en el bien común no solo de sus conciudadanos, sino también de toda la humanidad. El interés mundial dicta la explosiva solución final aplicada. Con ello se pierde una potencialidad milagrosa, pero también los problemas gravísimos que acarrearía sin duda. Frente al embeleso moderno de la novedad por la novedad, Kaiser insta a pensar en sus consecuencias a largo plazo y para todos, planteamiento muy loable que no parece que fuera escuchado ni antes ni ahora. Al menos queda el placer de la lectura de una novela completa en síntesis, sin las grasas literarias que aquejan a demasiadas obras del género modernamente hegemónico en la actual cultura de consumo.

² Entre los papeles de Kaiser se conserva una traducción del resumen con el título de *The Island of Ever-Lasting Life*.

Georg Kaiser

La isla de los hombres milenarios

El joven y aplicado reportero Flanagan está sentado delante de Warren, el poderoso director de su periódico. Se queja de que su trabajo de reportero es monótono y que no lo satisface. Siempre las mismas catástrofes: incendios, terremotos, escándalos políticos y privados. Siempre el mismo sensacionalismo. Warren pregunta a Flanagan que es lo que querría relatar. Flanagan desea describir lo contrario por una vez, encontrarse en una situación en la que no pasara nada. Ningún suceso sensacional. La calma es el tema del momento. Entonces entra en el despacho el capitán de un velero para despedirse de Warren, que es pariente suyo. Y Warren ofrece a Flanagan viajar en ese barco lento, en el que no ocurre nada de nada. Solo olas, unas veces más viento, otras menos. Flanagan acepta y se embarca en el velero para no vivir nada especial.

Sin embargo, vive la mayor aventura de su existencia. El velero navega largo tiempo tranquilamente. No sucede nada. Parece haberse alcanzado de verdad el grado más bajo de vida. Entonces se desencadena una tempestad, que se intensifica con la mayor violencia y que deja sin gobierno al barco. Este se convierte en juguete de las olas hasta que, por fin, se calma la tempestad. Con el mar ya tranquilo, el capitán no sabe dónde se encuentran. Su velero se ha apartado mucho de su ruta. Sea como fuere, lo primero es reparar el timón y otros daños. El trabajo lleva tiempo.

A lo lejos se distingue el litoral rocoso de una isla. Flanagan se aburre a bordo y desea visitarla. El capitán lo desaconseja: los acantilados cortados a pique hacen peligroso desembarcar. Pero Flanagan insiste en su propósito y rema en un bote del barco a la isla.

No regresa. Tras la reparación del timón y los mástiles, el capitán espera todavía un

tiempo hasta que pierde toda esperanza y da por muerto a Flanagan, víctima de los acantilados. Ordena zarpar. Más adelante comunica a Warren, en Nueva York, lo que había ocurrido, que el joven reportero no había vuelto de su exploración de una isla peñascosa. Warren lamenta la muerte del prometedor joven.

Treinta años después, un vapor de lujo atraviesa las aguas adonde había ido a parar el velero. Pasajeros curiosos examinan con sus prismáticos la costa llena de acantilados. A su pregunta de cuál isla se trata, el capitán no sabe qué contestar. Debido a una tormenta magnética, ha perdido el rumbo, no conoce la isla, ni la encuentra en los mapas. Un pasajero descubre de pronto un bote que se acerca desde la isla. El capitán detiene el barco y espera al remero del bote. Es Flanagan quien sube a bordo.

Sin embargo, se trata de un Flanagan sin cambios, como era treinta años antes, cuando se marchó del velero. No ha envejecido, ni su ropa se ha estropeado. Se ha mantenido exactamente en el mismo estado, como si hubiese sido tratado para no perecer.

Flanagan adivina pronto el secreto de la isla: es la isla en que los seres humanos no envejecen, donde les es concedida la vida eterna. Flanagan guarda el secreto y no se le escapa ni una palabra a los pasajeros del vapor cuando estos le preguntan maravillados por su ropa pasada de moda y su ignorancia de las novedades del mundo.

En Nueva York, Flanagan entra en el despacho de Warren, su envejecido jefe, y le ofrece la noticia más sensacional que haya conocido el mundo: se ha descubierto la isla de los hombres milenarios. Warren entiende el carácter único de ese descubrimiento y quiere comprar la noticia a Flanagan. Empieza la negociación. Warren acaba por declararse de acuerdo con la petición colosal de Flanagan y

La isla de los hombres milenarios

lo invita a su casa por la tarde. Pasaría a buscarlo en su coche. Y en ese coche es asesinado Flanagan por la tarde y sus papeles, robados. Es la primera víctima de la isla de los hombres milenarios.

Warren posee las notas de Flanagan. Empieza a explotarlas en su periódico. El éxito del notición es enorme. Warren se da cuenta de su poder: solo él sabe dónde se encuentra la isla y puede facilitar una vida duradera a los seres humanos. Recibe ofertas fabulosas por un lugar en esa isla. Pero él espera. Entonces surge la duda de si no será todo un fraude. El Estado decide abrir una investigación. La Comisión está formada por personas incorruptibles y la conclusión de sus investigaciones es que las sustancias químicas de la isla impiden la degradación de lo viviente y que en ella es posible de verdad vivir mil años. Sin embargo, Warren no saca ninguna ventaja de ese resultado. Había muerto en la celda de detención en que lo habían encerrado como supuesto estafador hasta el regreso de la comisión de investigación. Se había suicidado al acercársele la figura fantasmal del asesinado Flanagan.

Los planos de la isla obran ahora en poder del Estado americano. Se decide que nadie pueda adquirir por dinero un lugar en la isla, que solo puede dar cabida a cien personas. Un

sitio en la isla o la vida milenaria deben reservarse, como el honor más alto, a las personas más meritorias. Y todos los países de la Tierra deberían designar a sus mayores representantes; a continuación, un comité internacional decidiría si el representante propuesto era digno.

¿Quién es digno? ¿Quién es un representante legítimo? ¿Quién es un héroe? Y aquí chocaban las opiniones. Nadie puede ponerse de acuerdo. Los juicios de los hombres son demasiado diversos. El odio se inflama. El mundo va a desgarrarse. Amenaza con desatarse el caos.

Se reconoce que la isla de los milenarios será un foco eterno de desgracias indecibles. El anhelo de una vida inmortal, sin fin, no puede sino liberar instintos que rebajan una persona a la categoría de bestia que devora a su prójimo desvergonzadamente. Toda humanidad desaparecería.

Se abre paso esta idea en el último momento y se toma la decisión de destruir la isla. Se produce una explosión gigantesca y la isla se hunde en medio de una nube de polvo y rocas en el fondo del mar. Ya no queda ni un acantilado que revele dónde se encontraba; ninguna carta marina registra la isla de los hombres milenarios.

[1943]